

SANCHO CORNILLO.

AUnque parece confuso
el modo de verso mio,
no obstante tomé la pluma
á súplicas de un amigo,
para escribir un suceso
flamante, que ha sucedido,
el mas gracioso que oí
desde que tuve sentido,
y narices atras tengan,
que parece suenan tiros.
No obstante proseguiré,
aunque para proseguirlo
será menester tener
un braguero prevenido,
por si acaso me quebrare
por lo mucho que me rio.
Aunque es verdad de que yo
con gran paciencia he sufrido
de esta vida los tropiezos,
aunque tan fuertes han sido.
Decirles quiero mi Patria,
porque decirla es preciso,
para que todos la sepan,
y en habiendola sabido
se huelguen como unas Pasquas;
y si no me engaño digo,
que es la Ciudad de Lucena
del mundo Jardin florido,
que está de Cabra una legua;
mi nombre es Sancho Cornillo;
nacido en tan buena Estrella,
que del signo del Cabrito
me siguen las influencias
con un grande regocijo.
No soy Regidor, ni Alcalde,
Escribano, ni Ministro,
solo soy recaudador
de cartas y papelitos.
Mi esposa Maria Gonzalez
como á mi mismo la estimo

por

por su garvo y discrecion,
y su natural tan lindo.
Mi oficio es esquilador
de carneros y borricos,
y por la ocasion que estaba
algo perdido el oficio,
me exercitaba despues
en ser Guarda del soplillo,
y por cada cañutazo
tomaba un peso de limpio,
y asi nunca me faltaban
dineros en el bolsillo
para mis tragos corrientes,
y en mi casa el pucherillo.
Sucedió de que á Lucena,
de la Villa de Campillos,
vinieron dos forasteros
de noche, y con gran sigilo
en casa de unas madamas
de estas del rodete altillo,
dos cargas en dos caballos
entran de tabaco fino,
y mientras lo despachaban,
el uno á Cabra se ha ido,
y otro se queda en Lucena,
para despachar el dicho
tabaco, y aunque lo hicieron
con secreto, lo he sabido.
Y á mi mismo me decia:
Qué es lo que aguardas, Cornillo?
Anda á la Administracion,
y á los Guardas dá el aviso.
Púsose en execucion,
los quales me han respondido,
que á punto fixo lo sepa,
y en habiendo presa asido
me pagarán mi soldada
en tejoletes blanquillos.
Desde alli partí de remos
al Palacio referido
de las señoras madamas,
sin darme por entendido,
donde encontré al forastero,
y una libra le he pedido
de tabaco de manojos,
y que se venga conmigo
á casa de gente honrada,
que no le vendrá peligro.
Llevélo, en fin, á una casa,
donde estaban prevenidos
los Guardas, y lo pescaron,
y entre todos lo han cogido,
y á la Carcel lo han llevado,
en donde lo han destruido.
Y á mi por la diligencia
me dieron un doradillo;
pero me costó mas caro,
que el aceyte de aparicio.
Despues con buenos empeños
el forastero ha salido
de la Carcel, y se fue
á la Villa de Campillos:
las Damas me la juraron,
y al cabo de un mes cumplido
en la Plaza Doña Elvira
me encontró, y asi me dixo
con palabras cariñosas:
Oyes, Sancho, oyes hijo,
mira que quiero que vayas
á mi casa, que es preciso,
me esquilarás un carnero.
Y sacande del bolsillo,
me dixo: toma allá honrado,
para que eches un quartillo,
y á visperas te esperamos,
que vayas á punto fixo.
Yo le dixe: Mi señora,
mi deseo es el serviros.
Y Doñá Elvira á su casa
se fue; y luego al proviso
ma-

machacó dos morteradas,
y las echó en un lebrillo,
de ajos, y de pimientos,
de aquellos de largo pico,
con polvora y sal molida,
con mostaza y con cominos,
de suerte que ya de caldo
se rebestia el lebrillo.
Y mientras lo estaba haciendo,
decia: Ha pobre Cornillo,
qual te he de poner el quaxo,
que te cruxa de este aliño.
Eran las mugeres quatro,
y buscaron otras cinco.
Dió el Relox las dos y media,
y Doña Elvira ha salido
á la puerta de la calle,
á ver si viene Cornillo.
Quando vido que venia,
daba de contento brincos:
yo entendi que se alegraba
de que yo hubiese venido.
Pero apenas entré dentro,
entre todas me han cogido,
me ataron de pies y manos
con lazos escurridizos,
y dixo Doña Marina:
Señoras, silencio pido,
antes de echarle la ayuda
le han de dar un defensivo
de palos, con una vara
los lomos me han rebatido.
Pusieronme el culo en percha,
ó en dos veces, que es lo mismo,
y haciendo la punteria
por el trasero postigo,
sin que se pierda una gota,
entrar á dentro le hizo,
diciendo, nadie le suelte,
que otra le cabe por fixo.
Y mientras le fue á cargar,
yo no pudiendo sufrirlo,
empezé á echar de este cuerpo
mas pasas y mas pestiños,
que pueden cargar dos futres
de Francia recien venidos.
Entonces me dieron suelta,
y Doña Elvira ha salido
con un cuchillo en la mano
detras de mi dando gritos,
diciendo: Atajen á ese,
que me ha hurtado un vestido,
uno me quiso echar mano,
y le alcanzó tal rocio,
que por poco queda ciego,
aunque en un rato no vido,
sin poderme dar alcance;
en fin al campo he salido,
y como el ojo de atras
me iba echando fuego vivo,
fui á refregarme en la tierra,
á tiempo de que acogido
estaba en su madriguera
un Lagarto, que aturdido
con el hedor salió huyendo,
y se me entró en el hondillo,
donde me agarró un bocado,
dí desatinado un grito.
Empezé á correr de nuevo
mas recio que un torbellino,
y al pasar por una huerta,
dos perros á mi han salido,
y por defenderme de ellos
dí de cabeza en un silo
que estaba lleno de agua,
que á no haber presto acudido
los Hortelanos, me ahogara;
pero me sirvió de alivio,
porque me soltó el Lagarto:
sacaronme, y compasivos

á mi casa me llevaron.
Quando mi muger me vido
de esta manera, me dice
con un modo compasivo:
Cornillo, qué es lo que traes?
Qué es lo que te ha sucedido?
Entonces le respondí:
qué he de traer? mal herido.
En donde tienes la herida?
Un Lagarto me ha mordido
en esta nalga derecha,
y me tiene sin sentido.
Ella indignada de verme
tomó un palo, á mi se vino,
y del primer garrotazo
me descalabró, y me ha dicho:
no hay quien á este hombre vil
em lo ponga en un presidio,
porque á mi casa se viene
geringado, y mal herido?
Tiene usted razon, señora,
y yo viendome afligido,
que todos son contra mi,
me salí, y tomé el camino
de Antequera, donde estoy
bien curado y asistido
en este Santo Hospital,
de mi Esposa aborrecido.
A Córdoba las noticias
por extenso y por escrito
las envié por un propio
al Autor Josef Francisco,
el qual á todos suplica
con amor encarecido,
no se fien de mugeres.
que yo de ninguna fio.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de D. Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.